

encierran en las ninfas habitadoras destos prados y bosques, dejando á un lado á la señora de mi alma Dulcinea del Toboso: por eso, el que fuere de parecer contrario, acuda, que aquí le espero." Dos veces repitió estas mismas razones, y dos veces no fueron oídas de ningun aventurero; pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que de allí á poco se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de á caballo, y muchos dellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados de tropel y á gran priesa. No los hubieron bien visto los que con Don Quijote estaban, cuando, volviendo las espaldas, se apartaron bien lejos del camino, porque conocieron que, si esperaban, les podia suceder algun peligro: solo Don Quijote, con intrépido corazon, se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante. Llegó el tropel de los lanceros, y uno dellos que venia mas delante, á grandes voces comenzó á decir á Don Quijote: "Apártate, ¡hombre del diablo! del camino, que te harán pedazos estos toros. — ¡Ea, canalla! respondió Don Quijote; para mí no hay toros qué valgan, aunque sean de los mas bravos que cria Jarama en sus riberas. Confesad, ¡malandrines! así á carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado; si no, conmigo sois en batalla." No tuvo lugar de responder el vaquero, ni Don Quijote le tuvo de desviarse, aunque quisiera; y así, el tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que á encerrar los llevaban á un lugar donde otro dia habian de correrse, pasaron sobre Don Quijote y sobre Sancho, Rocinante y el rucio, dando con todos ellos en tierra, echándolos á rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado Don Quijote, aporreado el rucio, y no muy católico Rocinante; pero en fin se levantaron todos, y Don Quijote, á gran priesa, tropezando aquí y cayendo allí, comenzó á correr tras la vacada, diciendo á voces: "Deteneos y esperad, ¡canalla malandrina! que un solo caballero os espera, el cual no tiene condicion ni es de parecer de los que dicen, que *al enemigo que huye, hacerle la puente de plata*." Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron mas caso de sus amenazas, que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á Don Quijote; y, mas enojado que vengado, se sentó en el camino, esperando á que Sancho, Rocinante y el rucio llegasen. Llegaron; volvieron á subir amo y mozo; y, sin volver á despedirse de la Arcadia fingida ó contrahecha, y con mas vergüenza que gusto, siguieron su camino.

## CAPÍTULO LIX.

Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á Don Quijote.

AL polvo y al cansancio que Don Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros, socorrió una fuente clara y limpia, que entre una fresca arboleda hallaron, en el márgen de la cual, dejando libres, sin jáquima y freno, al rucio y á Rocinante, los dos asendereados amo y mozo se sentaron. Acudió Sancho á la repostería de sus alforjas, y dellas sacó de lo que él solia llamar *condumio*: enjuagóse la boca, lavóse Don Quijote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados: no comia Don Quijote, de puro pesaroso, ni Sancho no osaba tocar á los manjares que delante tenia, de puro comedido, y esperaba á que su señor hiciese la salva; pero viendo que, llevado de sus imaginaciones, no se acordaba de llevar el pan á la boca, no abrió la suya; y, atropellando por todo género de crianza, comenzó á embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecia. "Come, Sancho amigo, dijo Don Quijote; sustenta la vida, que mas que á mí te importa, y déjame morir á mí á manos de mis pensamientos y á fuerza de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo; y, por que veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de principes, solicitado de doncellas, al cabo, al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acocado y molido de los piés de animales inmundos y soeces. Esta consideracion me embota los dientes, entorpece las muelas y entomece las manos, y quita de todo en todo

la gana del comer, de manera, que pienso dejarme morir de hambre, muerte la mas cruel de las muertes.—Desa manera, dijo Sancho, sin dejar de mascar apriesa, no aprobará vuesa merced aquel refran que dicen: *muerta Marta, y muerta harta*: yo, á lo menos, no pienso matarme á mi mismo; antes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiere: yo tiraré mi vida, comiendo, hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo; y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced; y créame; y, despues de comido, échese á dormir un poco sobre los colchones verdes destas yerbas, y verá cómo, cuando despierte, se halla algo mas aliviado.” Hizolo así Don Quijote, pareciéndole que las razones de Sancho mas eran de filósofo que de mentecato, y díjole: “Si tú, ¡oh Sancho! quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serian mis alivios mas ciertos, y mis pesadumbres no tan grandes; y es, que mientras yo duermo obedeciendo tus consejos, tú te desviases un poco lejos de aquí, y con las riendas de Rocinante, echando al aire tus carnes, te dieses trecientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea; que es lástima no pequeña, que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia.—Hay mucho qué decir en eso, dijo Sancho: durmamos por ahora entrambos, y despues, Dios dijo lo que será. Sepa vuesa merced, que esto de azotarse un hombre á sangre fria, es cosa recia; y mas, si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido; tenga paciencia mi señora Dulcinea; que, cuando menos se cate, me verá hecho una criba de azotes, y hasta la muerte todo es vida: quiero decir, que aun yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido.” Agradeciéndoselo Don Quijote, comió algo, y Sancho mucho, y echáronse á dormir entrambos, dejando á su albedrío, y sin órden alguna, pacer de la abundosa yerba, de que aquel prado estaba lleno, á los dos continuos compañeros y amigos Rocinante y el rucio. Despertaron algo tarde; volvieron á subir y á seguir su camino, dándose priesa para llegar á una venta que, al parecer, una legua de allí se descubria: digo que era venta, porque Don Quijote la llamó así, fuera del uso que tenia de llamar á todas las ventas *castillos*. Llegaron, pues, á ella: preguntaron al huésped si habia posada. Fuéles respondido que sí, con toda la comodidad y regalo que pudieran hallar en Zaragoza. Apeáronse, y recogió Sancho su reposteria en un aposento, de quien el huésped le dió la llave. Llevó las bestias á la caballeriza; echóles sus piensos; salió á ver lo que Don Quijote, que estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares gracias al cielo de que á su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta. Llegóse la hora del cenar; recogieronse á su estancia; preguntó Sancho al huésped, que qué tenia para darles de cenar. Á lo que el huésped respondió, que su boca seria medida; y así, que pidiese lo que quisiese, que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar, estaba proveida aquella venta. “No es menester tanto, respondió Sancho:

que, con un par de pollos que nos asen, tendremos lo suficiente, porque mi señor es delicado, y come poco, y yo no soy traganton en demasia.” Respondióle el huésped, que no tenia pollos, porque los milanos los tenian asolados. “Pues mande el señor huésped, dijo Sancho, asar una polla que sea tierna.—¡Polla, mi padre! respondió el huésped; en verdad, en verdad, que envié ayer á la ciudad á vender mas de cincuenta; pero, fuera de pollas, pida vuesa merced lo que quisiere.—Desa manera, dijo Sancho, no faltará ternera ó cabrito.—En casa, por ahora, respondió el huésped, no lo hay, porque se ha acabado; pero, la semana que viene, lo habrá de sobra.—¡Medrados estamos con eso! respondió Sancho; ¡yo pondré, que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos.—¡Por Dios, respondió el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene! pues héle dicho que ni tengo pollas ni gallinas, ¡y quiere que tenga huevos! discurra, si quisiere, por otras delicadezas, y déjese de pedir gallinas.—Resolvámonos, ¡cuerpo de mí! dijo Sancho, y dígame, finalmente, lo que tiene, y déjese de discurrimentos.—Señor huésped, dijo el ventero: lo que real y verdaderamente tengo, son dos uñas de vaca, que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera, que parecen uñas de vaca: están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: *cómeme, cómeme*.—Por mias las marco desde aquí, dijo Sancho; y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque, para mí, ninguna otra cosa pudiera esperar de mas gusto, y no se me daría nada que fuesen manos como fuesen uñas.—Nadie las tocará, dijo el ventero; porque, otros huéspedes que tengo, de puro principales traen consigo cocinero, despensero y reposteria.—Si por principales va, dijo Sancho, ninguno mas que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerías: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas ó de nísperos.” Esta fué la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle; que ya le habia preguntado, qué oficio ó qué ejercicio era el de su amo. Llegóse, pues, la hora del cenar; recogióse á su estancia Don Quijote; trujo el huésped la olla así como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito. Parece ser que, en otro aposento que junto al de Don Quijote estaba, que no le dividia mas que un sutil tabique, oyó decir Don Quijote: “¡Por vida de vuesa merced, señor Don Jerónimo, que, en tanto que traen la cena, leamos otro capítulo de la *Segunda Parte de Don Quijote de la Mancha!*” Apenas oyó su nombre Don Quijote, cuando se puso en pié, y, con oído alerta, escuchó lo que dél trataban, y oyó que, el tal Don Jerónimo referido, respondió: “¿Para qué quiere vuesa merced, señor Don Juan, que leamos estos disparates, si, el que hubiere leído la *Primera Parte de la Historia de Don Quijote de la Mancha*, no es posible que pueda tener gusto en leer esta *Segunda*?—Con todo eso, dijo el Don Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que á mí, en este, mas desplace, es que pinta á Don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso.” Oyendo lo cual Don Quijote,